

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 21 de Julio de 1898

Núm. 400



Anda y dile á todo el mundo
que no quiero compasión,
que si naufrago, no me hundo.

¿La paz?

No la quiero. Si tuvieran que decidir los votos segura cosa es que el mío no la provocaba, porque yo remedando al poeta, «no creo ni en la paz del sepulcro».

¿La paz? No es sino vana fórmula para conservar la vida, y... ¡la vida vale tan poco! Los hombres pasan, los pueblos nó; porque cuando han caído piedra sobre piedra, continúan perennes, inmortales en la historia,

y en ocasiones redivivos surgen de sus ruinas. España es de esos, aunque les pese á los norteamericanos. Hoy nada puede la juventud, mañana, sí: pasarán los años y la juventud tomará su desquite.

No digo cómo, porque es difícil aún señalar el fin y postre del conflicto, dato sin el cual no debe uno meterse en pronósticos. Pero nuestra juventud es sana y yo tengo fe en ella. Cuando por ley inevitable de la existencia lleve sus energías y sus alientos á todas las manifestaciones de la vida nacional, su influjo ha de ser poderoso para la causa de la civilización y de la cultura que solapadamente están defendiendo los yankees.

No quiere esto decir que yo sea amigo de la destrucción, ni que ame la guerra. La condené cuando era tiempo y sazón de condenar; ahora tengo para mí, con certidumbre triste, que en todo pacto de paz hay siempre vencedores y vencidos, y me parece honroso que los últimos dejen á los primeros el desairado papel de aventar las cenizas por temor de que debajo quede el rescoldo y les abrase.

Pero en fin, estas son teorías que, como ya he dicho que no se trata de votos, resultan generalmente algo así como las coplas de Caláinos. Teóricamente nó, no aplaudo la paz.

¿Y en la práctica? Tremendo problema es; y yo no me atrevo á resolverlo sin filosofar mucho. Para rechazarla en absoluto sería preciso que supiéramos aborrecerla. Quizás no haya otro remedio, porque resulte el menor mal de todos nuestros males presentes, quizás el mayor mal de todos: en lo porvenir está la incógnita, y á nosotros mismos nos toca su resolución. No nos condolamos de la desgracia, seamos espíritus fuertes, varoniles. Pensemos que dejamos (si es que fatalmente está decretado así) en la inmensidad de los mares dos llaves poderosas, de oro; pensemos que quedan por allá rasgos de nuestro carácter; hálitos de nuestra alma, huellas de nuestra civilización: las costumbres, la lengua... el verbo de nuestro sér; pensemos que aquel suelo está fecundado por la sangre y por los huesos de los que han perecido sacrificándose á la patria

Yo no quería ponerme serio, Sr. Director, pero no es ocasión de andar buscando las cosquillas al chiste agudo. ¿La paz? decídanla si hemos de caer de desventura en desventura; pero, por Dios, que no la procuren y la pidan con grandes ansias esos señores que van por ahí temerosos de que se nos vengan á la península las naves de Watson; esos espíritus egoístas y fríos que por tener la guerra lejos no han suspirado hasta ahora, y que si suspiran al cabo es porque ven amenazada su tranquilidad.

El miedo del dinero resulta altamente cómico y debería reprimirse, no sólo por humanidad, sino porque es necesario que en el instante más crítico de nuestra historia seamos serios para ser grandes, ya que hemos sido grandes en todo género de sacrificios, aventurándonos en una de las más atrevidas empresas que pueden llevar á los pueblos á la cumbre de sus glorias por el camino de la abnegación. Hemos hecho lo que nadie, hemos cargado con la cruz que ningún otro pueblo se habría atrevido á echar sobre sus hombros.

Debería reprimirse el miedo del dinero, repito, y debería reprimirse con mano fuerte si pelagra la nación. Ya se ha dicho que es suprema ley.



PERICO CARDONA

Cuentos de la guerra

LA DERROTA DE LOS YANKEES

No busquéis en el mapa el pueblo de Valdeloma; quizás no lo encontréis. Es de tan poca importancia, que no merece ser tenido en cuenta por los geógrafos. Tampoco habréis oído nunca hablar de Tomás, el herrero del pueblo. Su nombre no ha figurado en la lista de la suscripción nacional, ni en las candidaturas electorales.

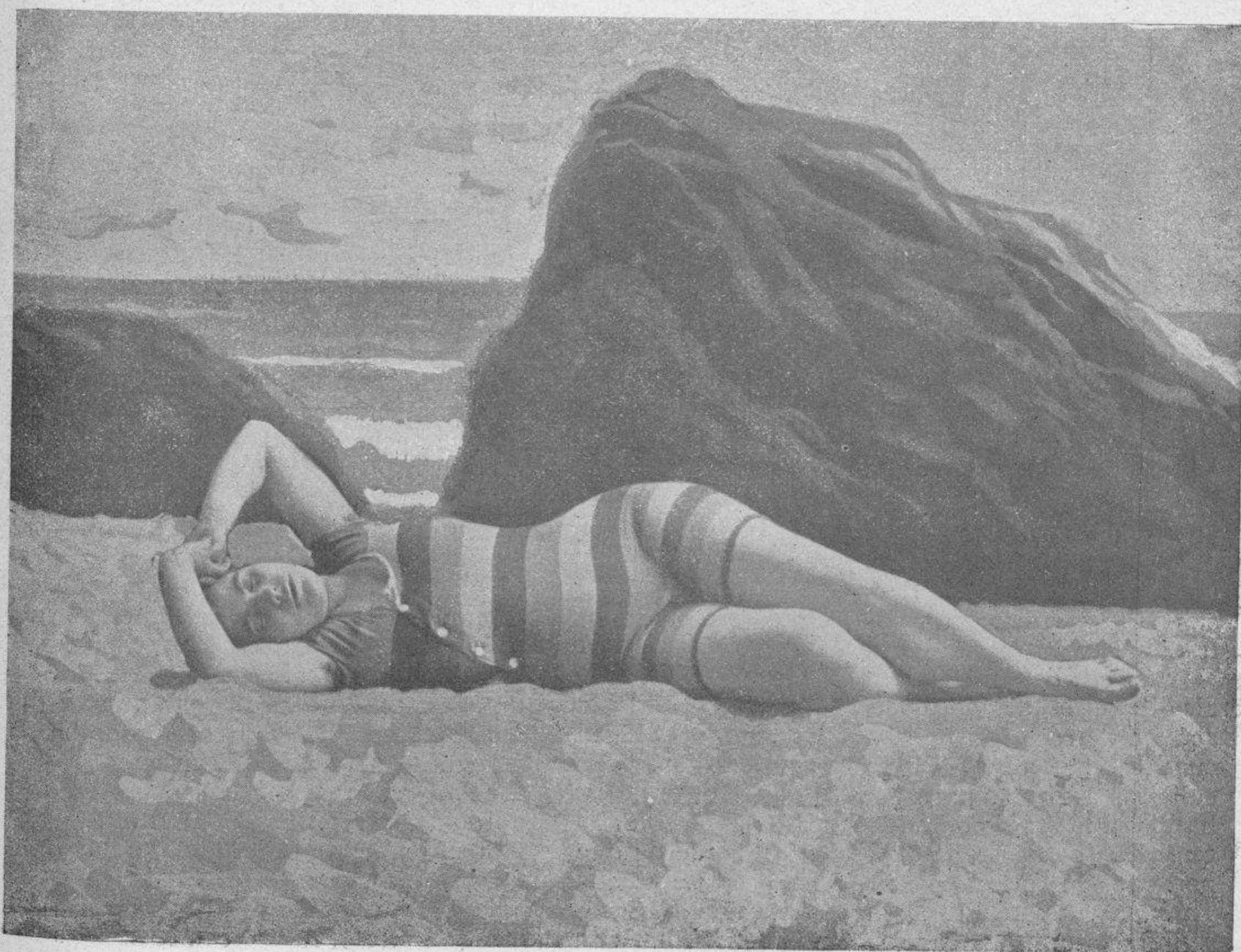
Sin embargo, Tomás es patriota exaltado, y Valdeloma, cuna de media docena de héroes ignorados, de los que nadie se acuerda y mueren sin elogios ni apologías.

Tomás tiene un hijo: Leoncio, muchacho fuerte como un roble é inteligente como pocos para su oficio. Era herrero como su padre, y trabajaba sin descanso mañana y tarde. La tía Rosenda, su madre, viejecilla bondadosa, le quería más que á su vida. ¡Qué día más triste para la familia de Tomás, aquel en el que el muchacho salió del pueblo por obedecer esa ley inhumana que arranca al joven de su hogar y le convierte en soldado!...

Rosenda está enferma desde entonces. Desde entonces no cesa de llorar y de pedir á Dios que conserve la preciosa vida de Leoncio. Tomás, no anda menos afligido; pero, como hombre, sabe dominarse y reprimir sus sentimientos. Constantemente, los ancianos, hablan de su hijo, de su Leoncio. Recuerdan las palabras del muchacho, le ven con los ojos del alma, y se consuelan pensando que de un momento á otro van á verle entrar con su uniforme de marino, con su bigotillo rizado, tendiendo los brazos para estrecharles contra su pecho.

Cuando está delante de su mujer, Tomás muéstrase débil y más de una vez ha vertido lágrimas; pero libre de la presencia de Rosenda, el herrero da pruebas del más ferviente patriotismo.

¡Lástima grande que no pasen á la posteridad los desahogos patrióticos del herrero, pronunciados ante las personas más respetables del pueblo! No alcanza á analizar las causas que produjeron la guerra; sabe, nada más, que España está en contienda con una nación poderosa, y que es preciso el esfuerzo de todos los buenos españoles para dar una lección á nuestros enemigos. Diez hijos que tuviera daríalos gustoso porque el nombre de España quedara sin mancha. Acompaña sus palabras con gestos convincentes y ademanes enérgicos,



Perezosa.



Descarga en los muelles.

y considérasele como oráculo infalible. Sabe de memoria los nombres de los buques enemigos; con relación de tonelaje, cañones que montan y dotación que llevan á bordo, y sigue anhelante la marcha de los acontecimientos. Hay que hacer constar que las frases de Tomás son calco exacto de las de cierto periódico de Madrid, el único que llega á Valdeloma; pero, de todos modos, es digno de admirar el entusiasmo del pobre anciano, que cree, con todo su corazón, que basta la buena voluntad de los hijos de España para aniquilar y dejar maltrechos á nuestros contrarios.

Un día, Tomás se levanta preocupado é inquieto. Rosenda ha empeorado, no puede salir á la herrería y quédase en cama, pensando más en su hijo, que en la dolencia que le aqueja.

A poco, llegan al taller del herrero las personas más distinguidas del pueblo: el cura, el alcalde, el notario. Vienen azorizados, pálidos de indignación y de coraje. Las noticias que acaban de recibirse de la capital son poco halagüeñas. Háblase de la destrucción de la escuadra española en el mar de las Antillas. Necesitan confirmación del desastre y acuden solícitos á Tomás para que les deje leer el periódico que acaba de traer el cartero. Todos hablan á la vez, moviendo infernal algarabía. El herrero suspende su trabajo; el muchacho que tiene de aprendiz deja de tirar la cuerda que hincha el fuelle de la fragua. Tomás hace poderosos esfuerzos para tenerse en pie. Aquella nueva tan inesperada hace vacilar su energía y su patriotismo. Rompe con mano nerviosa la faja del periódico, y sus ojos recorren rápidamente las líneas de negras letras, hasta encontrar el relato de la catástrofe. Lanza un grito de horror, sudor frío baña su cuerpo, y tiene que apoyarse en la pesada mole del yunque para no caer.



¡ A que no dan las balas yankees con mi escondite !

Ve allí, escrito con caracteres, que le parecen de sangre, algo que le produce mortal congoja y aniquila por completo sus ardores bélicos. El nombre de Leoncio, de aquel hijo tan amado, figura en la lista de los que perecieron en el desastre, y desesperado, prorrumpe en improperios furibundos contra los que llevaron á España á sufrir tal cúmulo de calamidades. Nada respeta en su furor, y hasta los nombres de aquellos individuos que siempre tuvo por sagrados, salen de sus labios mezclados con los dicterios más fuertes.

Una voz que sale de las habitaciones interiores le hace reaccionar. Es Rosenda que ha oído los gritos y las lamentaciones, y quiere saber qué sucede, presintiendo la desgracia.

El herrero acude presuroso, y al contemplar á su esposa que le interroga con una mirada, al pensar que la noticia del desastre puede causar la muerte de Rosenda, prorrumpe en exclamaciones de forzada alegría, y sacudiendo con violencia el papel que arrugan sus crispadas manos, dice:

—¡Victoria! ¡Victoria! La escuadra española ha destrozado á la enemiga. ¡Les hemos dado una paliza!

Y luego, temiendo no poderse reprimir y que su agitación le vende, sale tambaleándose á la herrería, donde, abrumado por los esfuerzos que ha hecho, cae al suelo maldiciendo á la patria y llorando por Leoncio, á quien no ha de volver á ver más...

ALFREDO DE ALTAMIRA



La favorita.



La Saeta

¡Salta, cabrilla!



La Inglesita

(Final, que parece de folletín .. y no lo es.)

Pues sí; el zipizape que se armó fué gordo. La Inglesita me miraba con azoramiento. Los del tapete verde se quedaron en un entrés, porque el banquero, tío largo si los hay, con mucho almidón en el cuello y los puños, con deslumbrantes botones en la pechera y descomunal tabaco en la boca, suspendió el corte de la baraja; no faltó punto filipino que aprovechara la sorpresa haciendo suya la postura. Otro de los gentiles hombres abandonó su sitio y se puso de un salto junto á Fany como si se tuviese que rechazar á la bayoneta no sé que imaginario y formidable ataque de la caballería.

Duró aquello breves segundos. Dominándose, extendiendo la mano para sujetar al bravucón, con la más fina y amable de las modulaciones, preguntó la dama:

—¿Dice usted que ha perdido...?

—Digo, repuse enérgicamente, que me han robado.

Casi todos los jugadores se pusieron de pie. «¡Mentira!», saltaron unos. «Aquí no hay ladrones», se oyó en otra parte. «Que le expulsen, al demonio con los chismes», más allá. El banquero abandonó las cartas para dirigirse airado hacia mí, á tiempo que el ayudante me echó la zarpa; ésta fué coyuntura que no pasó inadvertida entre los listos para que desaparecieran casi todos los montones de oro y de papel; hubo protestas y puños que se crispaban en el aire. Dí yo un manotazo al que me tenía sujeto; desasíme como pude. Valióme la Inglesita, quien se agarró febrilmente á mi brazo, arrastrándome hacia la puerta.

—Arreglen ustedes eso, dijo á sus edecanes; que no salgan, que no se enteren fuera, en los salones; yo pondré en claro la equivocación de este señor.

Y cerró tras sí, dando un portazo con violencia. Afortunadamente, la madriguera estaba en el ángulo, y había que atravesar muchas piezas solitarias para llegar allí. Oímos voces de disputa, y á poco la tempestad quedó apagada, sin que sus rugidos llegasen á la superficie donde la juventud

—¡No comprendo por qué desdeñas á Arturito! Aunque débil. .

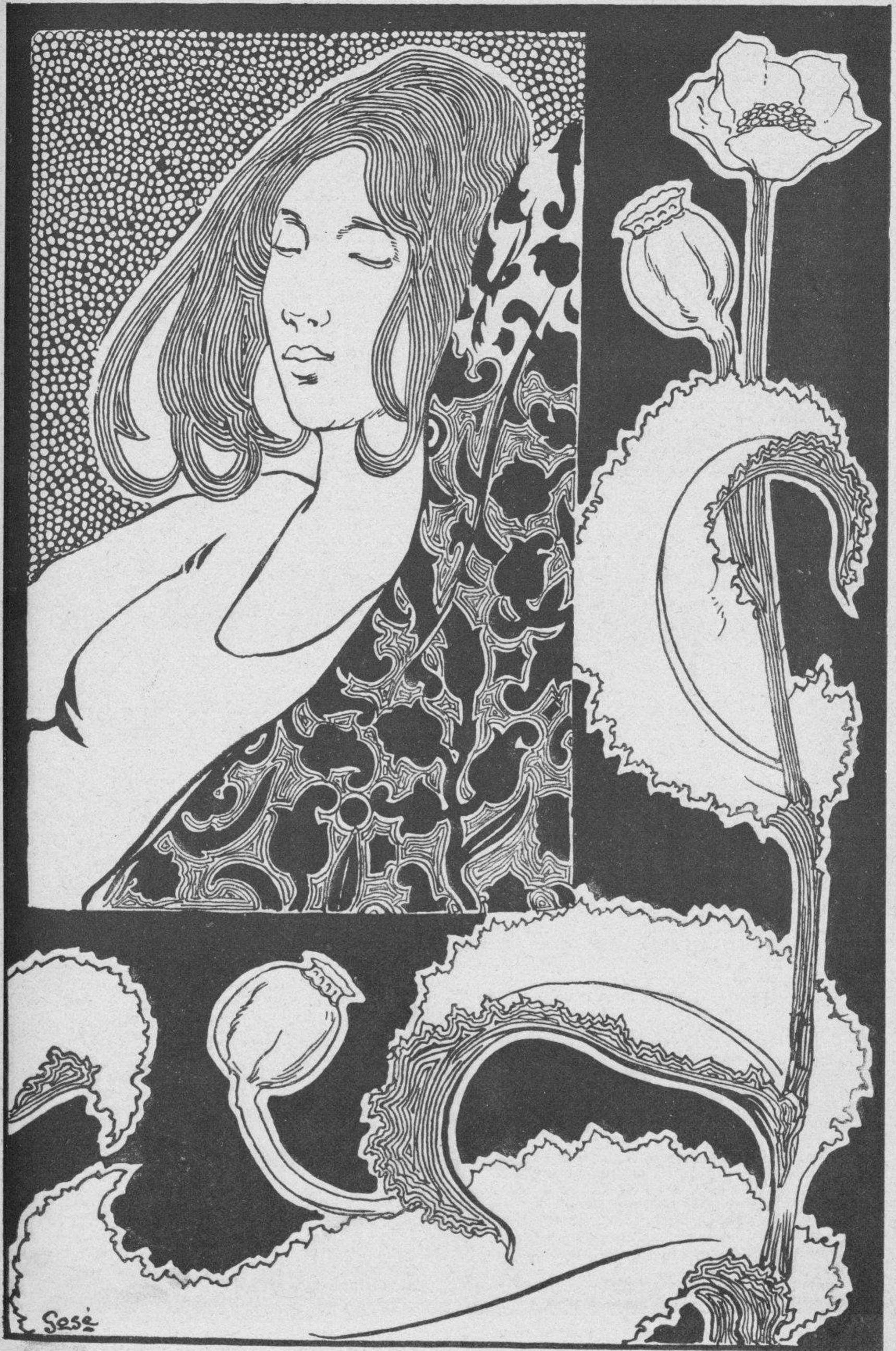
— Por eso. Figúrate, quiso un rosario y no pudo acabar el padre nuestro.

alegre, juguetona, distraía el tedio de la noche. Fany me llevó de una volada á su habitación.

Sentándose, con desaliento, y marcando su pesadumbre en el sonido triste de su voz que era quejumbrosa, soltóme:

—Buena la ha hecho usted, buena, buena.

Fingíme distraído, poniéndome á contemplar el decorado de aquella pieza íntima, costumbre que me sirve muchas veces para descubrir rasgos y señales de las almas, y no pocas asideras de que



Soñando.



Grupo interesante.

sostener mis pretensiones. La de esta señora no ofrecía particularidad alguna. Muebles, colores y chucherías eran de un gusto tonto por lo común; riqueza y elegancia sí había, pero no otra cosa.

Volví la cabeza sonriendo cuando la Inglesita, sintiéndose más fuerte en el arrechucho de su dolor, me increpaba con ciertos dejos de ira:

—¿Pero qué interés pudo inducirle á decir que le hemos robado?

—Señora, dije, yo la amo á usted; pero no hasta el punto que, dejado de la mano de Dios, me convierta en amante tonto.

—No le entiendo.

—Fany, usted me ha querido robar.

—¿Yo? ¡Usted está loco!

—Podría haber dado en locura, sí; porque me cogen muy de firme estas borrascas de los nervios. En fin, lo positivo es que usted, burlándose de mis sentimientos ha pretendido aprovecharlos para que me desplumaran en la timba elegante que ocultan sus salones. Suponiendo que yo fuera rico, dentro de poco me vería sin plumas y cacareando. Quiero decirle, que esperando alcanzar favores que la coquetería de usted me hubiera brindado, cada vez más incitantes, mi dinero quedara en el

tapete y yo me viera, al fin de la aventura, pobre y con la sed no saciada de sus caricias. Fany, la compadezco á usted. He comprendido que, como á mí, atrae usted á otros más incautos que yo.

La Inglesita, que me miraba con pasmo y recelo, acabó por secarse los ojos, humedecidos por una lágrima traidora.

—Sí, sí, usted no sabe cuán triste es mi vida — con testóse reñándose. — ¿Vió usted aquel que tallaba? Es el conde de...

—¿El conde? ¿ese? El que ha hablado de moralidad en la última legislatura, el que se ha opuesto al matrimonio civil y...

—Y es casado y con hijos, y me tiene como sierva, como esclava, permitiendo

que su mujer haga á la chita callando de las suyas.

—Pues mándele usted á paseo.

—Imposible... me mataría.

—¿También asesino?

—También.

Dijo esto con tan profunda convicción que fué forzoso creerla. ¿Por qué no? Al fin y á la postre era un tahir. Se había levantado y atisbaba medrosamente desde el dintel de la puerta. Viendo que nadie nos escuchaba volvió á su tema:

—¡Buena la ha hecho usted! El marqués es un espadachín, le buscará quisquillas... ¿por qué ha dicho usted que le han robado?

—Mire usted, Fany; yo tenía efectivamente una cartera, pero ideal. En ella guardaba las más dulces ilusiones que usted ha alimentado durante algún tiempo. Me la han robado esta noche, no diga usted que no.

—Comprendo.

La Inglesita meditó breve rato. Como iluminada, añadió:

—La ladrona restituirá á usted sus caudales... ahora, después, cuando usted quiera. Usted no ha de comprometerme. Pero con una condición.

—Si usted me ama, pida por esa boca de ángel.

¡Caballos que era muy hermosa Fany!

Abrió un secreter, pidióme la cartera, puso entre sus hojas dos billetes de mil francos y devolviéndola acabó:

—Vuelva usted á la banca; diga usted que la había perdido, olvidado... cualquier excusa, y juegue.

—¿Es dinero del marqués?

—Sí, suyo, todo suyo.

Toméme un abrazo y un beso por adelantado, y no me tomé más, porque me gusta ser cortés y discreto con las damas, y corrí á cumplir el encargo de

la Inglesita. Lo hice, sí, señor; lo hice con honda y grande satisfacción de pegármelas á aquel perdido que arriba en la superficie de la sociedad... como otros, pasando plaza de santos, ayudan infamemente á las catástrofes de la patria...

CLAUDIO UGENA



Alrededores de Ribas.

Páginas íntimas

INCONGRUENCIAS

Sentado delante de mi pobre mesa, testigo mudo de mis sueños y de mis penas, con la pluma en la mano y ésta colocada sobre un puñado de blancas cuartillas, me paso horas y horas sin poder escribir palabra.

No es pereza de la mente, que se agita febril deseando estampar cuantas imágenes pasen por mi cerebro, ni es tampoco carencia de ideas lo que me tiene en esta pasividad irritante. — Me sobran asuntos; tengo demasiadas cosas en la cabeza á las cuales quisiera dar forma; mi pecho, ardiendo en violentas pasiones siente con pasmosa intensidad. Envuelto en la embriaguez de la inspiración, y ¡no puedo escribir!... la mano permanece quieta, las cuartillas en blanco, las ideas encerradas en la cabeza pugnando por salir y yo irritado conmigo mismo, arrojo la pluma como instrumento inútil y rompo las blancas cuartillas en pedazos pequeñitos, muy pequeñitos... ¡Estúpido despotismo! ¡Ridícula venganza! La pluma es la misma; las cuartillas de igual clase... Yo soy el único que he cambiado; contra mí mismo debo dirigir mis iras; contra mí que no sé acallar los ensordecedores chirridos de las impacientes ideas; contra

mí que no sé dar forma á esta baraúnda enloquecedora; á este mundo desordenado, caótico.

¡Y qué hermosos son algunos pensamientos!

Uno sólo daría origen á un poema lírico, sublime; poema que repetirían las generaciones venideras con deleite, con entusiasmo asombroso... Esfuerzo tras esfuerzo voy dando preferencia á la más grandiosa de mis ideas. Y va adquiriendo forma, aunque intangible, pero forma al fin. La veo yo con sus líneas delicadas y mágicos contornos, vibrantes notas de luz y de color sublime... Para pasar á la realidad, al mundo de la forma no falta nada apenas, ya veis, una palabra. ¡La primera! ¡Ah! Puestas estas letras en el papel la obra estará hecha... La pluma discurrirá libre con febril ligereza; llegaré al fin sin cansancio, radiante de júbilo, y me recrearé después orgulloso en mi pasmosa producción... ¡Dos sílabas!... ¡Cuatro letras! y mi reputación está hecha, y seré inmortal como los Dioses... Porque ahora siento y mis sensaciones son tiernas, como de madre, inmensas, como el cielo, grandiosas como la tempestad... ¡Y no encuentro la palabra!... El fuego sagrado de la inspiración me abrasa: mis ansias de gloria me consumen y ¡nada! ¡Las cuartillas continúan en blanco! y en la cabeza las ideas parece que se complacen en martirizarme, porque todas quieren ser las primeras en tener forma... Y empieza de nuevo la baraúnda enloquecedora, ¡y sigo envuelto en un mundo desordenado, caótico!

Algún genio desconocido y generoso mueve al fin mi mano que se aproxima al tintero nerviosa... De mi pluma va á salir la palabra deseada... Una fuerza superior me impulsa á escribirla... ¡¡¡Impotencia!!!... ¡Dios mío! ¡Leo bien! ¡No es esto alucinación! La palabra está estampada en el papel... A esto queda reducido el poema asombroso... ¡¡¡Impotencia!!! ¡Para convencerse de tan terrible verdad tantos desvelos, tanta lucha, tantos afanes! ¡Poema! ¡Gloria! ¡Inmortalidad! Renuncio vuestros halagadores deleites; pero tan lleno de vergüenza, como corrida quedó la zorra de la fábula.

Serpentina.



RUILOP

¡Mujer!

Calló Juanita, y Eduardo, que estuvo escuchando el largo discurso de su amante, sin desplegar los labios y sin pestañear, tradujo su mal humor en fuerte y prolongado castañeteo de dientes, crispación furiosa de puños y mirada colérica que elevó al cielo en señal de protesta.

Ella lo tomó á broma; soltó la carcajada, y adoptando una postura graciosa y provocadora, reclinóse indolentemente en el diván.

—Vaya, Eduardo, eres loco, loco de remate. No quieres comprender las cosas; no quieres hacerte cargo de la situación... Esto tenía que suceder un día ú otro... Tú has querido que fuera hoy; ¡tanto da! al fin y á la postre, la situación era muy violenta para los dos...

Hizo pausa; miró al joven compasivamente, y al verle trémulo y agitado, descolorido y nervioso, se alarmó. Incorporóse de nuevo, y mirándole con fijeza, hizo una mueca de disgusto.

—¡No lo tomas poco fuerte, hijo!... Te hacía hombre de más seso... No hay para tanto; no hay para tanto... ¡Si hubiera sabido que ibas á resultar así!...

—¡Qué!

—Nada, nada... No sé lo que digo.

Juanita tuvo miedo. No apartaba la mirada del atribulado joven, é inquietábase viéndole en crisis tan violenta. Se aproximó á él, tomóle una de las manos y la acarició dulcemente.

—Después de todo, siempre seré la misma... y cuando quieras...

Eduardo sintió estremecimientos de frío, miró apasionadamente á Juanita y fué animándose poco á poco.

—Lo que pretendes es absurdo, querida... No puedo separarme de ti. No tendría valor para saber que otro hombre era dueño de tu hermosura... antes me suicido... ¡Juanita! ¡Juanita!... Eres muy cruel... No quieres amarme... Serás mi esposa; viviremos alejados del mundo, donde nadie sepa de nosotros, donde nadie pueda hacerte inclinar la cabeza recordándote tu pasado... ¡Qué me importa lo que pueda decir el mundo! Es necio hacer caso de preocupaciones ridículas...

—¿De veras te atreverías á casarte conmigo?

—¡Puedes dudarlo!...

—No, no; ya veo que serías capaz de cometer semejante desatino...

—¡Juanita!

Sonrióse ésta, recogió los pliegues de la amplia bata que cubría su hermoso cuerpo, un cuerpo de perfecciones capaz de soliviantar á un santo, cruzó sus piernas, dejando entrever un pie chiquito que aprisionaba rica chinela de raso, y frunció el entrecejo, signo inequívoco del disgusto que le produjo lo dicho por su amante.

—Mira, querido; no nos atolondremos, hablemos con calma y verás como tengo razón.

Y habló, habló mucho rato, sin que fuera interrumpida una sola vez por Eduardo, que escuchaba haciendo aspavientos de asombro, al ver la tenacidad de su amante. Era Juanita muchacha de talento. Para todo tuvo argucias irrefutables; sus palabras fueron concisas y firmes



Retando á los mirones.



— ¡Cuántos curiosos! ¡Tontos! Después necesitan meterse en el agua para refrescarse.

do era demasiado exigente: que se contentara con lo que tenía, que á tantos causaba envidia.

— Vaya — terminó — no puedes quejarte. Tú sólo eres el único hombre que puede decir que ha sido dueño de mí, sin que le costase dinero. ¿Qué más quieres?...

Fué aquello una explosión formidable que se produjo en el pecho de Eduardo. Levantóse, miró iracundo á Juanita; tuvo tentaciones de lanzarse sobre ella y destruir aquella belleza subyugadora que causábale tanto daño. No lo hizo; pudo reprimirse merced á poderosos esfuerzos de voluntad. Quiso hablar, decir algo, improperiar á aquella mujer que tan cruelmente se burlaba de él; tampoco le fué posible. Ahogóse la voz en su garganta, y sólo profirió un grito, un aullido que nada tenía de humano. Juanita rió, como siempre, y en situación apurada y poco airosa, Eduardo no tuvo más solución que salir de aquella casa donde tan grata felicidad había encontrado siendo dueño de la hermosa joven.

Ella quedó tranquila, como si nada hubiese ocurrido; desperezóse, llamó á su camarera y mandó que dispusieran el carruaje...

Pasaron tres días en los cuales no pareció Eduardo. Mejor. Al fin había comprendido la razón y obraba con cordura. Pero al siguiente, la doncella penetró en el dormitorio de su ama, llevando dos cartas. Juanita, al mirar la letra, supo de quienes eran. La una del joyero, apremiándole en el pago de una factura; la otra de Eduardo ¡qué quería aquel tonto!... Rompió el sobre con mano nerviosa y sorprendióse al ver que contenía unos cuantos billetes. El escrito era corto.

« Me concediste algunos favores, que hoy te pago, vendiéndome como soldado. Voy á la guerra, donde procuraré que me maten para olvidarte. Adiós. »

Se emocionó Juanita. « ¡Pobre Eduardo! » Pero reaccionándose en seguida y recogiendo los billetes que tirara por la alfombra, dijo á la camarera:

— Di al dependiente del joyero que pase... Voy á pagarle...

¿Casarse con Eduardo? ¡Valiente disparate! Equivalía á perder el porvenir brillante que el mundo le brindaba. Casándose inutilizábase para siempre. Además, ella había nacido para brillar, para ser una de esas reinas de la moda, que arruinan á los millonarios en pocas semanas y cambian de amante con la misma facilidad que de camisa. Eduardo era joven distinguido, elegante, discreto, pero nada más. Tocante á riquezas, Dios las dé. Disfrutaba un sueldecillo que apenas era suficiente para cubrir sus necesidades ¡y hablaba de casarse! Tenía gracia. Ciertamente amaba con locura á Juanita, mil veces se lo dijo y otras tantas se lo demostró cediendo á las caprichosas extravagancias de la joven; pero todo aquello del casamiento, de la casita aislada donde disfrutarían envidiable felicidad, aquello del hogar tranquilo, de los niños que corretearan por el jardín haciendo diabluras, eran cosas buenas, sí, pero no encajaban en el temperamento de Juanita, que se crió en un ambiente de vicio del que no podía ya sustraerse. Se amostazaba Eduardo ¡tonto! ¿No tenía la seguridad de que Juanita le amaba? Le amaba á su modo, como comprenden el amor esa clase de mujeres; le amaba á fin de tener siempre pretexto para dejar á los potentados que la daban sumas fabulosas á cambio de caricias violentas y mimos estudiados. Vaya, vaya, Eduardo

JULIAN PÉREZ CARRASCO

María-Pepa

III

Fué necesario disponer el regreso á Cataluña. La noche en que de sobremesa lo anunció Enrique, lloró la viuda, y María-Pepa, irrespetuosamente, sin consideraciones á su hermana, se puso á palmo-tear. Tanto y tan hermoso le había dicho él de las capitales, que la campesina, hecha señora por magia de un soñador, hacía tiempo que odiaba el apacible olvido, la quietud poética en que adormeció hasta entonces los vagos deseos de su alma juvenil. ¡Qué despertar el suyo! «Venga ruido, emociones alborotadas, trato de gentes; aquí todos son pobres, rústicos, necios.» Por un resto de pudor, á que se aferraba el sentimiento de cariño á la tierra y á las criaturas que viven con nosotros en los primeros pasos por el mundo, nada dijo; pero apoyó firmemente la proposición de su esposo.

Lucha, sí hubo, porque la viuda juró que moriría si la dejaban sola, arrebatándole aquel puntal de su existencia. Todo cuanto poseía de ellos era, mientras viviesen allí. Enrique, hostigado por María-Pepa, la convenció á la postre, hablándole de lo porvenir, de que era necesario sacrificarse á los arrapiezos y á los que vinieran del nuevo matrimonio. Tenía él obligación de continuar la lucha, y su arte, su oficio, sólo prosperaba en los grandes centros. Volverían, si las cosas no andaban de mal en peor, todos los veranos.

Los jóvenes trasladaron, por fin, su nido, y los primeros meses, todo fué delicias y dulzuras. María-Pepa estuvo en esta época como ave atontada. No sabía dar un paso sin Enrique, y las horas en que él la dejaba sola, por exigírselo su ocupación, entristeciábase, recordando sus campos, aquellos inmensos campos, donde volaba libre, sin inquietudes. ¡Pero cuando se soltó, Dios mío! No hubo lazo que la pudiera aprisionar.

Enrique, carácter dulce, sugestivo, hombre superior, talentoso, atraía á su afecto diversidad de gentes. Pero á su casa iban los buenos y los malos, y él, que tan grande era en sus ternuras y en sus amores, no lo supo ser para corregir los vicios y las torpezas de la que llevaba su nombre; á María-Pepa le dió muy fuerte el arrechucho del señorío, y Enrique se vió fatalmente arrastrado á sostener un tren de casa superior á sus fuerzas, que eran ¡ay! en extremo débiles. En reuniones, en saraos, en vestidos y perifollos se le escurrieron durante tres meses más de lo que en un año podía reunir su laboriosidad. ¡Y no era poco lo que trabajaba el hombre! Muchas noches se le iban de claro en claro y los días siguientes de turbio en turbio. Y todo porque su mujer montase á caballo, tuviese abono en el Liceo, bailotease en los salones, pasara en carretela y recibiera de cuando en cuando á una serie de estúpidos, muy puestos de punta en blanco sí, pero torpes, sin alma, sin conciencia del sér.

De nada servían las dulces y amorosas reconvenciones que le daba Enrique, queriendo hacer números y hablándole de sus sacrificios; se echaba á llorar la joven, amenazaba con morirse y salía por el registro de que no la amaba ya.

¡Que no la quería! De concesión en concesión llegaron á la catástrofe. Enrique tuvo que declarar su derrota y propuso que volvieran al lado de la viuda, que les llamaba, por algún tiempo, para reponerse. A María-Pepa se le alborotaron los nervios y sufrió un ataque crudísimo. A los dos días de esto, uno en que él regresaba á su casa de mal temple y muy firme en el intento de desplegar todas sus energías, encontró... el nido vacío. ¡Voló el pájaro! Aldeana ó señora, como le dejó escrito, habíase creado para la libertad salvaje. En el campo viviera dueña del terruño, si no la sacaran de allí. Ahora era tarde para aceptar la esclavitud, y puesto que él no podía romper los eslabones de la miseria, lo mejor era que cada cual echase por el camino de sus gustos. Rompía el contrato, pero dignamente, sin que él tuviera que resentirse por otra cosa que por la separación. «Trabaja — concluía — y sé tú feliz con tu gloria, que yo lo seré á mi modo.»

La crisis porque atravesó el pobre muchacho fué violenta, cruelísima. A los pocos meses andaba por esos mundos como sombra triste, fatigado por la pesadumbre de dolores que tenía que arrastrar. ¿Y la otra? No se supo de ella en mucho tiempo. Se fué á pasear su



— ¡Uf! ¡Qué fría!

hermosura, á esconder la vil mercancía (no por virtud, sino por ser en las exigencias del orgullo muy puntillosa), no sé yo dónde.

Una tarde de otoño, bien transcurrido el año, se arrastraba Enrique penosamente por el Paseo de Gracia; iba con un amigo que me refirió este último trance de su vida. Intentó atravesar el arroyo y con tal torpeza, que á pique estuvo de ser arrollado por un carruaje que guiaba una mujer hermosísima, con aire de reina, y que contuvo á los caballos sujetando las riendas con soberano esfuerzo.

Enrique dió un grito y cayóse desplomado, de espaldas, y levantando los brazos hacia adelante como si quisiera aprisionar con ellos el aire que le faltaba para respirar.

Sé que cayó, mortalmente herido por la ruptura de un aneurisma, clamando con indefinible angustia: «¡María-Pepa!»

Pero María-Pepa, el hada gentil de los campos, sin responder á aquel grito que debió resonar en sus oídos como un eco de sus montañas, azotó á los brutos del carruaje, que siguió arrastrado al trote. No hubo en su alma un solo movimiento de piedad. En cambio Enrique, cuando yo le vi, aún tenía en su rostro plácido, dormido, tan grande era, una sublime mueca de perdón...

J. F. LUJAN



—Yo no les tengo miedo á las olas, pero me gusta tomar precauciones... y que rabien los de la playa.

Diario de una casada

(Continuación.)

Julio, 10. — A Pepe le ha ordenado el médico las aguas sulfurosas de Pestaña y pasado mañana nos ponemos en camino. Pasaremos allí los veintiún días reglamentarios y luego... luego veremos. Una quincenta probablemente en casa de Papá, en la hacienda de San Jorge, y después vuelta al domicilio conyugal. Mi marido asegura que no puede, á pesar de encontrarnos en verano, estar ausente más de mes ó mes y medio de su despacho.

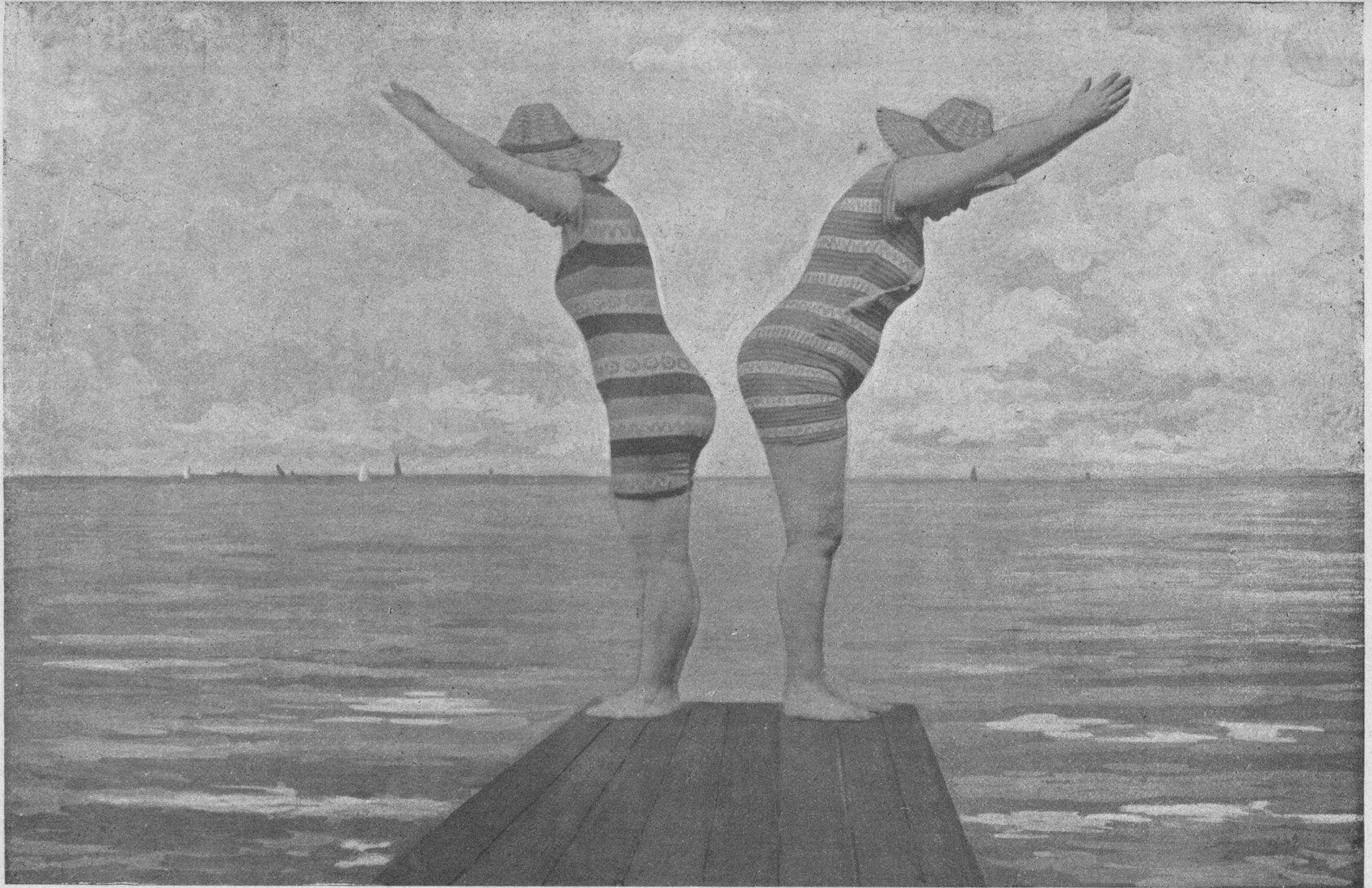
Aunque supongo que el balneario á donde vamos no ha de ser de lo más divertido, me regocija en extremo la perspectiva de marcharme. Hace ya muchos días que me fastidio soberanamente. ¿Por qué? No sé. Llevo una existencia tranquila y sin preocupaciones de ningún género. Tengo todo lo que puede apetecer una casada joven: libertad suficiente y honesta; un marido afectuoso; casa cómoda y bien montada; trajes elegantes; cuando necesito dinero, diríase que Papaíto lo huele y no me falta un billetito suplementario de diez ó de veinte duros. «¡Qué feliz eres, chica!» me dice con frecuencia Paca Linares con un suspiro de envidia. ¡Feliz!... Sí, tendría que serlo y sin embargo...

Lo dicho, me fastidio. Escapóseme la otra noche delante de mamá, que me miró asombrada. «¿Fastidiarte cuando no te falta nada y tienes á tu marido al lado?...» me dijo con admiración.

¡Pobre Mamita!... Ella que ha pasado y pasa su vida en adoración delante de Papá, no comprende que una mujer joven y casada á gusto pueda tener un minuto de fastidio mientras tenga el esposo á su vera. Puede que si yo... pero ¡bah! dejémonos de reflexiones.

Julio, 14. — Hétenos instalados en Pestaña. Establecimiento de aspecto adocenado, cursilón como el de todos los balnearios. Situado en medio de un paisaje adocenado también, sin encanto ninguno. Campos de cereales agostados ahora por el calor; viñedos raquíticos y polvorientos. Bosques y arboledas... usted perdone hermano. A lo lejos, pero muy lejos, la vaga silueta de las montañas.

Concurrencia mediana en calidad y en cantidad. A la *table d'hôte* nos reunimos unas treinta personas, sintetizamos en sabia gradación toda la escala social: desde el general marqués de Santiamo, un veterano inválido, hasta un horterillo con cara de orangután tuberculoso. (Conste que esta apreciación cruel no es



Al agua!

La Saeta

mia, sino de un periodista llegado el mismo día que nosotros y que se sienta en la mesa á mi derecha). Dos curas, un marino, varios comerciantes, un banquero, un pintor de renombre, un ingeniero, un abogado (Pepe), un tratante en cerdos (muy asimilado por lo físico á su mercancía), un cirujano-dentista, un baritono de zarzuela, un fabricante de peines y una docena de señoras de distinto pelaje constituyen el resto de la distinguida clientela del balneario.

Parece que las aguas medicinales son excelentes. No puedo decir otro tanto de la comida. Mi marido, que es un *gourmet*, ha puesto una cara atroz ante los platos que nos han servido.

—Hombre, no te incomodes — le he dicho — puede que mañana nos sirvan mejor.

—O peor... — ha contestado con acento lúgubre.

—Tranquílcese usted — salta el periodista — peor, no puede ser.

Julio, 18. — ¡Qué vida tan deliciosa! Durante el día no hay que pensar en salir del cuarto ó del salón de conversación: la campiña, abrasada por un sol tropical, evoca la imagen del desierto de Sahara. Al caer la tarde queda el recurso de dar un paseo por la carretera alfombrada de un espesísimo polvo, en el cual se hunden los pies hasta los tobillos. En la mesa hacemos penitencia. Este mediodía, á raíz de un guisote innoble que nos han servido, el baritono de zarzuela y el fabricante de peines han exigido con voz de trueno la comparecencia del fondista, poniéndole de «hombre sin conciencia», de «explotador» y de «envenenador público» que no había por donde cogerle, amenazándole con hacer patente en los órganos de la prensa su villana conducta. El general ha terciado en la protesta, asegurando al *Borgia* que si volvían á presentársele ciertos platos, no acudiría á los diarios, pero si á su revólver. El fondista, aterrado, balbuceaba toda suerte de excusas y aseguraba que tenía ajustado otro cocinero, próximo á llegar.

Después de la comida nos reunimos en el salón. Hay una señorita que canta... bastante mal. Al baritono no hay medio de hacerle soltar una nota: dice que ha venido para curarse y no para hacer lo que todo el resto del año. He ocultado cuidadosamente mis talentos de pianista para que no me mareen. Hay una señora de cierta edad que teclea algunos

valeses y polkas, á cuyos ecos responden tres ó cuatro parejas. A las once reina en la casa un silencio completo.

¡Qué vida tan deliciosa!

Julio, 20. — Mi vecino de mesa, el periodista, se ha marchado: las aguas no le probaban, y la silla de mi derecha ha quedado desocupada, durante un almuerzo. Pero al sentarme esta noche, á la hora de la comida, he visto ocupado el sitio por un caballero, que me ha dirigido un ligero saludo, en tanto que yo hacía un esfuerzo para reprimir mi asombro y... mi emoción.

— ¡Fernando en estos lugares y á mi lado!... He dirigido á hurtadillas una mirada á Pepe, ansiosa de observar su actitud. Estaba perfectamente tranquilo. He recapacitado en seguida que si mi marido está enterado de que tuve en otro tiempo relaciones formales con un oficial, no llegó nunca á conocer á éste. Hacia ya más de un año que mi ex novio estaba en Cuba, cuando Pepe me conoció.

Pero qué casualidad ésta que nos reúne tan inesperadamente á Fernando y á mi. ¿Casualidad?... ¡quién sabe!... Podría ser que él hubiese averiguado que me encontraba yo aquí y que... No, no lo creo. Su delicadeza le habría vedado el aproximarse deliberadamente á mi, á tener noticia de mi estancia en este punto. Sólo su salud tan quebrantada ha podido traerle aquí.

¡Qué desmejorado está el pobre muchacho! Los dos ó tres meses que lleva de regreso á la patria no le han aprovechado gran cosa.

Le he examinado después, con el rabillo del ojo, en el salón, mientras se organizaba la cotidiana tertulia. Platicaba con el general marqués de Santiamo, que parecía mostrarle cariñosa deferencia: pronto se ha formado en torno de los dos un grupo de oyentes. Y entre éstos había mi marido.

—Es un oficial que hace unos meses volvió de la guerra — me ha dicho luego. — No creo que á ese infeliz le quede mucho tiempo de vida...

He vuelto la cabeza á un lado, para ocultarle á mi señor y dueño, una lágrima pronta á rodar por la mejilla...

Por la copia,

JUAN BUSCÓN

(Continuará.)

¡Vaya un modo de afeitar!

De limosna y sin dinero
la barba hacía á un pastor,
con la navaja peor,
desazonado un barbero.

Como la navaja estaba
con mil mellas que tenía,
el cabello no partía,

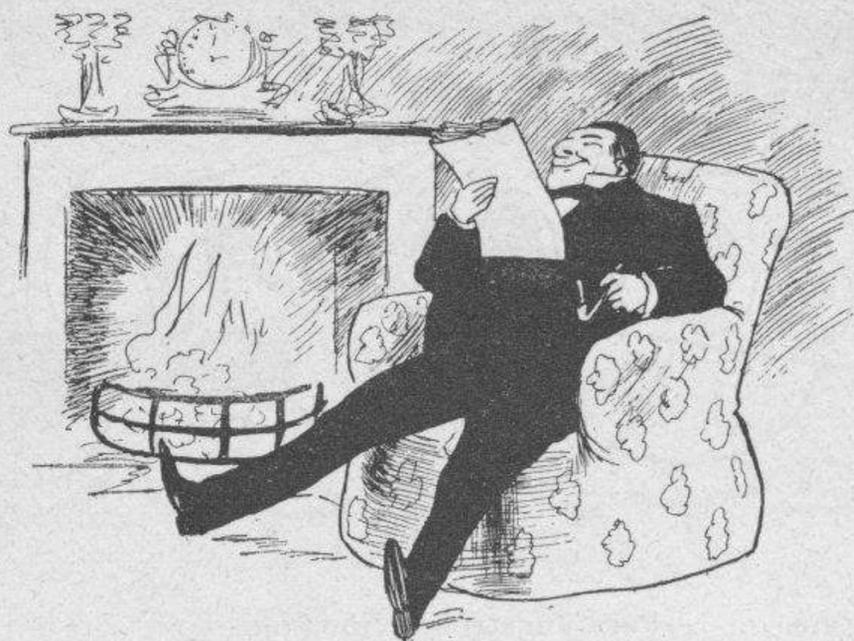
mas el rostro desollaba.

Conoció el pastor el yerro
y en vano se puso alerta;
al mismo tiempo en la puerta
daban de palos á un perro.

-- ¿Qué será aquello? — decía
el barbero á sus oídos,

viendo que con alaridos
el perro les aturdía.

Respondió el pastor: — Allí
á aquel perro que se escarba
deben hacerle la barba
de limosna, como á mí.



¿Conque á la Península? — Bueno, á buena hora mangas verdes, cuando yo he colocado mi capital en el banco de Londres!



Ahí llevo todos los antecedentes de la guerra, y demostraré con datos á la vista, que los yankees han hecho un retroceso... histórico.



Pues chica, bien claro lo dice: que Watson nos joroba este año, privándonos del aliciente del amor en las playas.

¡Qué tacto!

Un colegio de mudos
he visitado,
que es de lo más notable
que yo he encontrado.

Allí reina un silencio
muy elocuente,
y los mudos se entienden
perfectamente.

Con sólo hacer un guiño
ó un movimiento,
se quedan enterados
en el momento.

Si discutiendo suelen
acalorarse,
el vuelo de una mosca
puede escucharse.

Y así manoteando
y haciendo gestos,
á cosas estupendas
están dispuestos.

Dígalo un sordo-mudo
ciego del todo,
al cual, para alabarlo
no encuentran modo.

Tan exquisito tacto
tiene este chico,
que á veces hace cosas
que no me explico.

Pero lo más notable,
lo más saliente,
de todos sus primores,
es lo siguiente:

Lo mismo si es de noche
que si es de día,
lo meten en la cuadra
de algún tranvía.

A caballos y mulos
los va palpando,
y el color de sus pelos
nos va anunciando.

Este blanco, aquel pío
y un poco cojo;
el de más allá, negro
el otro rojo.

Pero á pesar de todo
lo que he contado,
no ha llegado el momento
que haya acertado.

JOAQUÍN ARQUES



Unos ricos toman precauciones y se retiran de los puertos. Otros *extranjerizan* sus capitales. Otros piden la paz para que no padezcan sus fincas rústicas y urbanas.

¡Y olé por el patriotismo!
Tienen miedo al almirante *Guasón*.
Ya les diría yo de misas. Así:
No sale una mosca. Todos los bienes confiscados.
Más que á los barcos bombardeadores, hay que temer la crisis económica, el hambre.

Erase un subteniente que andaba hecho un azacán tras una polla, diciéndole mil sandeces; la polla que no era lerda, exclamó:
—Apártese usted, porque está muy nublada la noche.
—¿Qué quiere usted decir con eso, señorita?
Entonces la niña, sonriendo y mirando intencionadamente el brazo del oficialito, replicó:
—Que no se ve más que una estrella.

Cierto estudiante que encontró á un molinero montado en su asno, le dijo con aire burlón:
—¿A dónde vais los dos?
—A buscar forraje para los tres, — contestó el molinero.

Un primer galán se presentó al público de Sevilla con «La vida es sueño».
El público silbó al galán, y éste exclamó así que cayó el telón:
—¡Qué brutos; silbar así á Calderón de la Barca!

Cierto picador de toros daba lecciones del arte de picar á un caballero andaluz que la echaba de hombre de mucho brazo, y decía:
—Zeñorito, es mu fácil: se coloca osté de manera que la cabeza de su caballo esté frente á la oreja derecha del toro: embraza osté la garrocha, se afirma en los estribos, lo sita, y... lo demás lo jase el toro.

A una señora elegante, una amiga dijo ayer:
—Poco tiempo debe hacer, que puedes gastar diamantes.
Con sarcástica sonrisa la aludida contestó:
—¿Diamantes? Los tengo yo antes de tener camisa.

En una festividad religiosa pedía para los pobres una hermosa señora. Acercósele un caballero, y echando en la bandeja una moneda de oro, la dijo en voz baja:

—Para vuestros divinos ojos.
Saludóle cortésmente la demandante, y presentándole de nuevo la bandeja, le dijo con mucha gracia:
—¿Y para los pobres, caballero?...
Y repitió éste la limosna sonriendo tan donosa ocurrencia, y diciendo:
—Para los pobres.

Una viuda reciente, que todavía tenía el difunto en casa, dejaba correr sus lágrimas y se lamentaba con gran desconsuelo de la pérdida que acababa de sufrir. A la sazón, uno de la familia estaba hablando con un sacristán del modo con que habían de celebrarse los funerales. En un raptó de dolor, la viuda exclamó:
—¡Esto me va á costar á mí muy caro!
—Veinticinco duros, si es de tercera clase, contestó muy á tiempo el sacristán.

Una joven inglesa paseaba á caballo en Londres seguida de un jokey. La espiritual lady cae repentinamente del caballo, á consecuencia de un bote de éste, y de una manera no muy agradable al pudor de la inglesa.
El jokey se apresura á auxiliar á su ama, que con una rapidez maravillosa volvió á montar y siguió su carrera.
Al regresar á su casa, dijo al joven jokey, refiriéndose á la caída:
—¿Has visto mi prontitud?
—Sí, señora; pero no sabía que se llamaba así, respondió cándidamente el muchacho.

Deseaba un rey tener el retrato de una casada, á lo que le dijo su marido:
—Permitidme, señor, que os le niegue: si ahora os doy la copia, me pediréis mañana el original.

Uno fué á pagar unas costas á un escribano de mala nota, cacique del pueblo, y puso sobre la mesa una bolsa llena de dinero; el escribano, que no era parco, ni lerdo, calculó á primera vista la cantidad que habría, y le formó una cuenta que desocupó por completo el bolso. Sobraronle unos cuartos, que el escribano devolvió, diciendo:
—Toma, hombre, y cuidado no te roben.
A lo que nuestro lugareño contestó:
—¡Quiá! En sabiendo que salgo de la casa de su merced, ¿quién se ha de meter conmigo?

Un ebrio que con descaro charlaba hasta por los codos, ofreció enseñar á todos las estrellas en día claro.
Y con frases no muy bellas tomó un palo y alzó el brazo, pególe á Pedro un trancazo y le hizo ver las estrellas.

CHARADAS

I

Segunda segunda en Roma
primera tercera casta
es prima dos terciá nombre
que se aplica á la muchacha.

II

¡Qué hermoso dos con primera
dió una todo á mi portera!

III

Prima prima con buen modo
toma el dos primera á todo.

A. SÁNCHEZ CARRERE.



Copa de estrellas

- * * * * animal
- * * * * República americana
- * * * * carruaje
- * * * * animal
- * * preposición
- * consonante
- * * * * parte del cuerpo.

Substituir las estrellas por letras, de modo que resulten los expuestos significados y todas ellas den un refrán español.

LUIS LÓPEZ DE LOME.



Logogrifo numérico

- | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|------------------|
| 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | Carrera |
| | 3 | 7 | 4 | 7 | 6 | 5 | 8 | 7 | Arma |
| | | 7 | 6 | 7 | 8 | 5 | 3 | 0 | Para las señoras |
| | | | 3 | 7 | 4 | 6 | 9 | 8 | Mineral |
| | | | | 1 | 8 | 1 | 4 | 9 | Mes |
| | | | | | 5 | 8 | 1 | 2 | Nombre de mujer |
| | | | | | | 7 | 8 | 7 | " " |
| | | | | | | | 4 | 1 | Nota musical |
| | | | | | | | | 9 | Vocal. |

ZARAGATERO.



Jeroglífico Comprimido



MANUEL FERRÁN.



ROMBO



Substituir los puntos por letras, de manera que se lea vertical y horizontalmente: 1.^a, vocal; segunda, nombre de varón; 3.^a, adverbio; 4.^a, parte del cuerpo; y 5.^a, vocal.

K. MARÁ.



Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADA: Ca-ma-ra-da.

TERCIO SILÁBICO: A - C E - R O
C E - B A - D A
R O - D A - N O

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO: Dos pares para dos pardos.

SALTO DE CABALLO:

Los soldados de esta tierra
llevan siempre á la campaña
el retrato de su novia,
el fusil y una guitarra.

Correspondencia

E. T.— No hay inconveniente. Se le darán esas lecciones. Ha acertado usted figurándose que tengo yo mi plan de enseñanza. Lo tengo, sí, aunque no soy ministro, y como usted quiera estudiar, le aseguro que ha de tomarse muchas desazones. Ahora, eso de que llegue usted á genio, como humorísticamente dice... ya es más duro. Los genios vuelan ¡y como no lleve las alas escondidas...! En fin, declara que es usted muy joven y podemos sacar partido de sus pocos años y de su afición. Véase usted conmigo y trataremos. Lo que yo le aseguro, es que si de natura no sale para que sea usted un *escritorazo*, por lo menos sabrá usted lo que no saben muchos que escriben por ahí. Una cosa le advierto, y es que usted pide lecciones de corrección y estilo, y eso pertenece ya á la segunda enseñanza de mi plan. Antes ha de ser usted hábil y fuerte en no pocas materias.

Currito.— ¿Usted también pide lecciones? ¿Y me pregunta el precio? Según el trabajo que cueste desasnarle.

R. R. A.— ¿Pero usted cree que si publicamos su soneto á la Paz acaba la guerra? El mundo se nos viene encima. Además, dice usted:

Oh potencias amigas, ved al desvalido
pueblo fbero exhausto de sus glorias,
que os manda condolientes sus memorias
para que no le tengáis en el olvido.

Y gritarles así á las Potencias, es como ladrar á la luna. Esas señoras llevan tapados los oídos con algodón en rama.

María del Carmen.— Irá la pajarita, sírvase mandar las soluciones parciales.

L. L. de L.— Se publicarán.

L. M.— ¿Villancicos á los insurrectos? ¡Hombre, por Dios, no está la Magdalena para tafetanes!

Caballería.— ¡Arre, allá!

J. G. del C.— ¡Qué quiere usted! Es una pena muy grande, sí, señor; pero los yankees son prácticos y conocen á su siglo; en cambio usted no conoce la gramática ni por el forro.

Sosillo.— Los jeroglíficos no están mal, pero usted comprenderá que no vale la pena de grabarlos.

D. José.— ¡Ay, ay, D. José,
cuanto madruga usted...

y no es mala pava la que tiene usted en el corral.

P. Luquin.— Sirve el tercio silábico.

T. A. C.— Tiene mucha gracia, pero mucha. Lo acepto.

Sarampión.— Cuidado que nos acaban de dejar sin luz, digo, sin garantías, y los que escriben tan mal como usted, suelen dar con sus huesos en la cárcel. La ignorancia es muy atrevida.

G. R. G.— « Arrecia el temporal... »

Pues recojo velas y hasta la semana próxima.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba
las inyecciones. Cura los flujos en



48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Violonno, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

❖ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ❖

España y Portugal, semestre 6 pesetas.

Año 11 »

Extranjero y ultramar, un año 17 »

Número corriente. 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

CUPON PRIMA

Regalo á los compradores de LA SAETA

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por DOS REALES la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, de D. Ceferino Palencia

== CARRERA DE OBSTACULOS ==

una de las que más ha contribuido á cimentar la fama de su autor.

Con este mismo Cupón, y abonando DOS REALES más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa de D. Marcial Morano

== EL MAYOR CASTIGO ==

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal.

Asimismo se entregarán por el citado precio de media peseta cada una, SOR TERESA ó EL CLAUSTRO Y EL MUNDO y LA VIDA ES SUEÑO.

La *Saveta*



20 cénts.

Núm. 401

